

Opinión

EN CARICATURAS

Salario mínimo



Dentro del grupo prioritario



Se relajó



El poder de los datos

Raj Chetty es el economista de moda. En abril de este año tuvo una gran idea, de la que ya se están beneficiando Biden y su equipo de gobierno: así como la Universidad Johns Hopkins se volvió la fuente obligada para rastrear la pandemia, Chetty se propuso rastrear la economía. Casi todas las transacciones económicas en el mundo de hoy (una tarjeta de débito, un depósito directo de un empleador, un pago de servicios públicos) dejan una huella digital que se almacena en algún lugar. Lo que hace <https://tracktherecovery.org> es reunir todas las fuentes posibles privadas de información y publicarlas en la web, para que cualquiera pueda utilizarlas.



Rastrear la economía
Mauricio Cárdenas

En medio de la actual crisis, más que obsesionarse con los datos del PIB -que llegan cuando ya es tarde para reaccionar-, lo que hay que hacer es tratar de ver lo que está pasando en las esquinas, en las tiendas de barrio, las farmacias y hasta en los puntos de Baloto. Esto es indispensable para calibrar y hacer más efectivas las respuestas del Gobierno.

Eso es lo que tratamos de hacer con dos columnas -Nicolás Pineda y Diego Zamora- en un documento que publicamos ayer. Con la información de las transacciones que hacen los 11 millones de clientes de Bancolombia, podemos medir qué compran y dónde lo hacen. También se sabe cuál es su nivel de ingreso.

El Tío Sam, que nos mira ya no desde Washington sino desde Mountain View (California), donde está la sede de Google, sabe dónde permanecemos la mayor parte del tiempo, día a día. Para

320 municipios de Colombia existen datos que miden si las personas se quedaron en la casa o si salieron y a dónde fueron. Todo ello por cuenta de un teléfono que llevamos en el bolsillo. Según Google, Colombia es uno de los países donde más se redujo la movilidad, y por más tiempo.

Por ejemplo, a mediados de abril de 2020 la presencia en almacenes (y sitios de entretenimiento como cines y discotecas) se había reducido en 82 % frente a las primeras cinco semanas del año. En noviembre de 2020 la disminución fue de 35 %. Es decir, el comercio sigue muy por debajo de su movimiento en un año normal.

Otra información de utilidad es el nivel de afectación por la pandemia para cada uno de los 1.122 municipios del país, medido por el Ministerio de Salud a partir de los índices de positividad de las pruebas de covid-19, el número de casos y la mortalidad, entre otras variables relacionadas con la salud. Lo curioso es que la movilidad se redujo por igual en los municipios de baja, media y alta afectación. Es decir, la información objetiva sobre el impacto de la pandemia no fue la que utilizaron el Gobier-

no y las personas para decidir si salían o no de sus casas y a dónde ir.

Con respecto a las compras, los datos micro son contundentes en mostrar que los grupos de mayores ingresos son los que más han dejado de consumir, con un gran costo para la economía. Por ejemplo, en noviembre pasado el consumo de las personas con ingresos mensuales superiores a diez salarios mínimos se encontraba 23 % por debajo del nivel de 2019. El del grupo entre 6 y 10 salarios mínimos compró 14 % menos que el año pasado. Estos dos grupos representan más de la mitad de las compras con tarjeta débito y crédito en el país. Chetty encontró lo mismo en Estados Unidos: las personas de ingresos altos tienen dinero en sus cuentas; lo que les falta son lugares para gastarlo con seguridad. La normalización económica requiere que vuelvan a gastar.

¿Qué nos indica todo esto? Que la verdadera recuperación se dará cuando las personas de ingresos altos salgan de sus casas. Nadie puede ordenar ir a peluquerías, restaurantes y almacenes, pero es un hecho que hay formas seguras de hacerlo si se observan los protocolos, incluyendo el uso de tapabocas, las medidas de aforo y el distanciamiento social. El empleo de millones de personas depende de eso.

Para dejar la crisis atrás vamos a necesitar muchos más datos para nuestro rastreador criollo, en particular formas de medir las transacciones en efectivo. Con más información, el Gobierno debe orientar las decisiones de los hogares que innecesariamente siguen en confinamiento voluntario y decidir a qué sectores, en cuáles municipios y a qué grupo de personas apoyar con recursos económicos.



Una negociación muy difícil
Stefano Farné

El problemita del salario mínimo

Mientras 24 reconocidos economistas recomiendan para el año 2021 una disminución (temporal) del 20 por ciento del salario mínimo, la Corte Constitucional ya desde finales del siglo pasado había establecido que la inflación realizada en el año anterior y el crecimiento de la productividad debían ser los principales criterios para tener en consideración en la negociación del salario mínimo.

El problema con la aplicación de estos dos indicadores en la coyuntura actual radica en que han perdido su tradicional significado.

Según información recién divulgada por el Dane, en noviembre la inflación anual fue de 1,49 por ciento. Luego, el primer aumento que habría que contabilizarse sería de 1,5 puntos porcentuales. Aquí el inconveniente está en que a muchos asalariados se les han recortado de forma importante los sueldos durante el 2020, y en algunos casos -el de los ocupados en licencia no remunerada o cuyo contrato ha sido suspendido- el recorte ha sido del 100 por ciento.

Así que un aumento del 1,5 por ciento es muy poca cosa frente a la caída que realmente han sufrido sus ingresos. Al respecto, no hace falta recordar que el incremento del salario mínimo no se aplica solo para los trabajadores asalariados poco calificados, sino que es un referente para los demás trabajadores, incluso los de sueldos superiores al salario mínimo, quienes fueron los más afectados por los recortes salariales.

El Dane también ha reportado sus cálculos de productividad para 2020. El de la productividad total de los factores, que muchos economistas critican por no tener sustento teórico y por ser su cálculo una "caja negra", fue de -0,6 por ciento. Y el de la productividad laboral, que probablemente es un referente más idóneo para la fijación de las remuneraciones de los trabajadores, cayó 8,4 por ciento. Este último dato es verdaderamente ¡sorprendente! ¿Cómo pudo ser que los trabajadores se hayan vuelto tan improductivos en tan solo un año? De hecho, en el último lustro, tanto según cálculos del Dane como del Departamento Nacional de Planeación, la productividad laboral había siempre crecido; poco, pero crecido. ¿Acaso ahora las personas desempeñan las mismas labores con menos ganas o menos aplicación?, ¿o con menos capital -menos maquinaria y equipo- a disposición?

De lo que se deduce de la metodología utilizada, la razón de tan estruendosa caída de la productividad laboral radica en que se han trabajado muchas menos horas en 2020. Empero, esta no fue una decisión de producción tomada voluntariamente por los empresarios, y mucho menos por los trabajadores. Fueron decisiones de salud pública tomadas por el Gobierno las que obligaron a quedarse en la casa y a trabajar menos horas. Todos, por lo menos, siguieron igual de productivos que el año pasado.

En fin, la del año 2021 será una negociación del salario mínimo muy difícil.

Los sindicatos proponen un incremento de más del 13 por ciento y los empresarios, uno del 2 por ciento; el Gobierno no se ha pronunciado todavía. ¿Y qué tal que todos pusieran su granito de arena?

Los sindicatos proponen un incremento de más del 13 por ciento y los empresarios, uno del 2 por ciento; el Gobierno no se ha pronunciado todavía. ¿Y qué tal que todos pusieran su granito de arena?

El fin está cerca

Cuando en los favoritos del computador links de internet que supuestamente me van a servir en el futuro. Noticias de muertes de ancianos para escribir una novela, videos de YouTube que me gustan, artículos para leer después (y que nunca leo). Esta semana, cuando vi que el agua iba a cotizar en la bolsa de valores, recordé vagamente una noticia que en su día me llamó la atención y guardé por si las moscas.



Agua en bolsa
Adolfo Zableh Durán

Pues parece que las moscas son hoy. La nota es de 2015 y dice que grandes bancos están comprando recursos hídricos en todo el planeta a un ritmo sin precedentes. Nombra a conglomerados como Goldman Sachs, JP Morgan, Citigroup, Deutsche Bank, Credit Suisse, Barclays, Allianz y HSBC, los sospechosos de siempre, y agrega que el objetivo es "obtener el derecho de aprovechar las aguas subterráneas, los acuíferos y los ríos, la tierra que contiene grandes extensiones de agua como lagos, lagunas y manantiales naturales en la superficie o en las aguas subterráneas".

Pues eso, que parece que la gente con habilidad para hacer dinero encontró otra forma de hacerse más rico y agrandar la brecha con respecto a los que en vez de acumular riqueza vivimos del día a día porque, por ahora, sobrevivir sigue siendo mejor opción que dejarse morir. Hoy es el agua, mañana será otra cosa (el aire, tal vez), y así hasta que la frase que dice que el día que la mierda tenga algún valor los pobres

nacerán sin culo no suene tan absurda. Y aunque expertos dicen que la medida es por el bien de la humanidad, solo el tiempo dará respuestas sobre los alcances de la medida.

Mi profesor de química en el colegio hablaba del tema, hace casi treinta años, y afirmaba que el futuro estaba en invertir en agua porque llegaría el día en el que costaría más que cualquier metal precioso. Nosotros, acostumbados a que cada tanto saliera con una excentricidad, oíamos y nos mirábamos como diciendo: 'Este loquito'. Es que no entendíamos lo que quería decirnos, si había agua por todos lados. Es cierto que vivíamos en Barranquilla y que la regla en aquella época era abrir el grifo y que no saliera nada, pero era por culpa del sistema de acueducto, no porque no hubiera agua.

Hoy sus palabras no solo cobran sentido, sino que le dan un nuevo significado a la expresión 'agua en bolsa'. La última vez que miré, el agua en bolsa costaba doscientos pesos y alcanzaba para cal-

mar la sed después de un partido de fútbol, ahora el agua en bolsa quiere decir que cotiza en Wall Street, que ya no es nuestra y que puede volverse impagable. De hecho, después de esto ya nada que tenga que ver con el agua volverá a ser lo mismo, ni lavarse las manos.

Tiene cara de ser esto el comienzo del fin. Cada vez que sale una noticia de tono fatalista decimos que el mundo se fue al carajo, pero esta vez tiene toda la cara porque no se trata de pasajes de avión o celulares inteligentes, cosas que deseamos pero de las que podemos prescindir, sino de que la fuente de la vida puede quedar en manos de gente que antepone el dinero a cualquier cosa.

Un día, los humanos recibimos la belleza del mundo y decidimos que no era suficiente, que lo indicado era reformarla a nuestro placer, hacerla más bella, si es que cabe, y vean en lo que vamos. Quizá el virus que nos azota sea una señal de que somos muchos y que le estamos haciendo mal a la naturaleza. Y nosotros, en vez de salir mejores y aliviar al planeta, hemos salido reforzados, peores, listos para acabar con lo que queda de él. Con la noticia de la vacuna hemos empezado a hacer planes para el futuro: queremos viajar, volver a ver a los nuestros, cambiar de trabajo, tener familia, ver series y escribir libros sobre ancianos que mueren solos. No nos hemos dado cuenta porque juramos que la vida es eterna, estable e inmutable, pero es posible que el tiempo no nos alcance para hacer tanta vaina.

*Observatorio del Mercado Laboral, Universidad Externado de Colombia